

¿Para qué, ansiando, vivimos
entre lloro,
y adquirimos y adquirimos
oro y oro...
si al fin un deudo allegado,
sin gemir,
entre un mal lienzo hilvanado
nos enterrará al morir?

«Con tu ausencia y veinte reales,
un duro mi pecho gana.»
Así calcula sus males
nuestra condición humana.

¡Maldición
sobre tan vil condición!
¿No hay más deudos ni parientes
que las muelas y los dientes?
¡Ay! dí á tu amiga, PASTOR,
que si muere,
de nadie gloria ni amor
nunca espere;
pues llenando el ataúd
do le encierran,
con amor, gloria y virtud,
¡al que se muere lo entierran!

XX

NADA DE NADA.—NADA POR NADA

*Por cosas de este mundo
nunca te apures,
que no hay mal que no acabe,
ni bien que dure.*

(CANTAR.)

Nada me importa. Al sentimiento extraño,
ni en el bien gozo, ni en los males peno;
si ahogo en el *no importa* el propio daño,
sepulto en un *¡paciencia!* el daño ajeno.
Esperando mi mal, mi bien engaño;
paso lo malo en aguardar lo bueno;
y así, el alma en sí misma sepultada,
da á habido y por haber — *nada de nada.*

Me es todo igual. Nada el placer me importa,
ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida acorta,
prorrumpo sin rencor: — *Estaba escrito.*
Cuando sus iras mi destino aborta,
— *Buen semblante á mal tiempo,* — me repito;
y así, cerrando á la pasión la entrada,
grabé en mi corazón: — *Nada por nada.*

Nada me importa. Que daré no ignoro
sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
el tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusión temple mi lloro,
amarga mis delirios la experiencia;
y de afectos en lid tan encontrada,
es lema de mi fe: — *Nada de nada.*

Me es todo igual. Como insaciable hiena
me hiere el desengaño carnicero,
pero en mi herida, sin placer ni pena,
sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
pues os debo esta fe desesperada,
— *Nada de nada* — os doy; — *nada por nada.*



XXI

VIVIR MURIENDO

Vivit, et est vitæ nescius ipse sua.

(OVIDIO.)

Al nacer me recibieron
la vida y la muerte en brazos;
y al ver tan opuestos lazos,
con torva faz prorrumpieron:

— ¿Qué buscas aquí, perdida? —
dijo á la vida la muerte.

— ¿Nació para tí, por suerte? —
dijo á la muerte la vida.

— Dios, á mi eterna morada, —
responde aquélla, — le envía.

— Soy, para entrarle en la mía, —
dice ésta, — de Dios enviada.

— Pues vuelva al seno de Dios,
y su justicia decida
si es de la muerte ó la vida, —
claman á un tiempo las dos.

Y haciendo, audaz cada una,
presa en el mísero infante,
lento de llanto el semblante
me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
dudando mi fantasía
si antes de nacer, vivía,
ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
desde mis pasos primeros,
cual dados en sus linderos
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
la mente desvanecida,
nombra desvelo á la vida,
y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
mis sufrimientos á prueba,
desvelos, si el sol se eleva,
si se alzan las sombras, sueños.

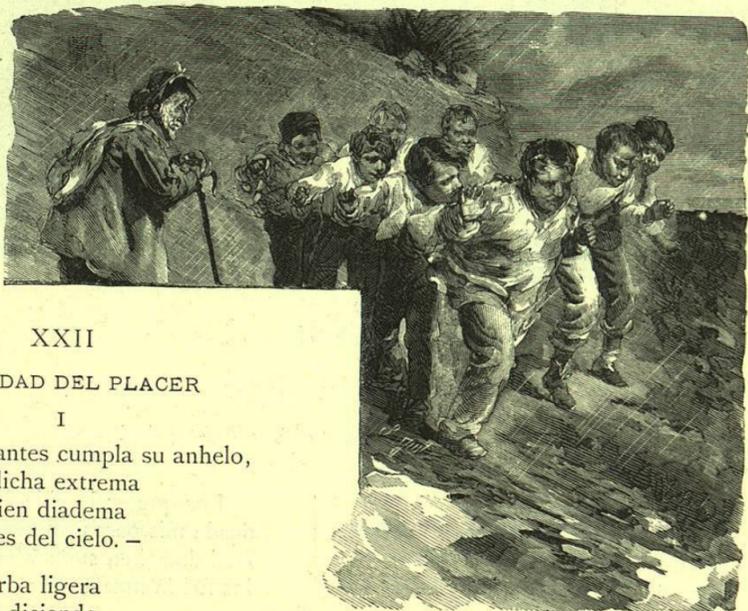
Y así van el alma mía
sueño y desvelo asediando,
uno tras otro pasando,
como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
el breve término dejo,
conmigo doy sin consejo
en el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundida,
van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd, por fortuna,
daré mi primer vagido,
ó por fortuna habrá sido
lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer, por suerte,
¿á qué me asedia la vida?
Y si ésta aun no está cumplida,
¿por qué me sigue la muerte?



XXII

VAGUEDAD DEL PLACER

I

— Al que antes cumpla su anhelo,
logrando la dicha extrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo. —

Así una turba ligera
de niños baja diciendo,
tocadas del Iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que, poco á poco,
va el Iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
creían la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

— ¿Cómo es? — desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden: — ¡Ya es ido! —

— ¡Mentira! — bajan diciendo
los que ven clara su lumbré,
y en tanto ganan la cumbre,
mustios los otros subiendo.

¿A dónde, en tan ciego abismo,
voy tras de ensueños que adoro,
tanto, que entre ellos ignoro
si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
de un abismo tan horrendo,
ó eternamente muriendo,
ó viviendo eternamente!

II

Porque sus lindos reflejos
son, al tocarlos, ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos.

El Iris, siempre inconstante,
se va mostrando inseguro,
á los que bajan, oscuro,
y á los que suben, brillante.

— ¿Cómo es? — en ronco alarido
gritan los antes burlados;
y los de ahora, extasiados,
tristes responden: — ¡Ya es ido! —

— ¡Mentira! — dicen bajando
los que poco antes mintieron;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

III

Juntos con pueril anhelo
se agitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente,
tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cuál más
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan: — ¡Adelante!
y los de adelante: — ¡Atrás! —

Y así, sin orden ni guía,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucía.

Y al verle desvanecido,
con más vergüenza que enojos,

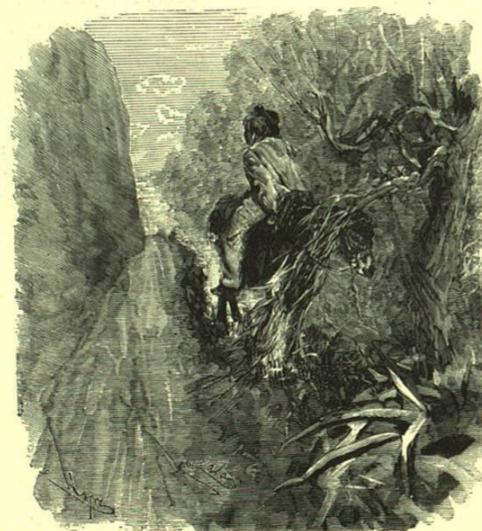
vueltos al cielo los ojos,
exclaman todos: — ¡Ya es ido!!! —

IV

Así en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento
tras un placer nunca hallado.

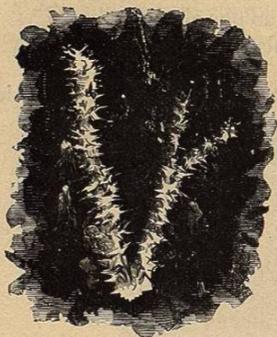
Que el hombre, en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marcó en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando, imprecando su estrella,
suspira y dice: ¡YA ES IDO!



XXIII

ÚLTIMAS ABJURACIONES



oy á morir! Prenda del alma mía,
este el centón de mis quimeras es;
leed, leed, y de la gloria impía
de tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*)

— Cuna de rosas, al nacer, hallamos.

EL PADRE

— ¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO

— Rosas, la vida al comenzar, hollamos.

EL PADRE

— ¡Falso! Los pies por entre abrojos van.

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
que el fin amargan de mis horas ved.
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed.

EL HIJO

— Su vida el hombre de ilusiones puebla.

EL PADRE

— ¡Ay! Necio error á la ilusión llamad.



EL HIJO

— Huye la edad de la razón cual niebla.

EL PADRE

— ¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad!

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
pasa en engaños la primer mitad;
la otra mitad en desengaños pasa.
¡Nunca olvidéis esta cruel verdad!

EL HIJO

— ¡Triste es dejar del mundo la presencia!

EL PADRE

— ¡Mundo, os doy ledo mi postrer adiós!

EL HIJO

— Perece el bienestar con la existencia.

EL PADRE

— ¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

XXIV

QUIEN MÁS PONE, PIERDE MÁS

*Es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere,
pues quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Este refrán que te canto,
tiene, amor mío, tal arte,
que su verdad á probarte
con una *conseja* voy.



Fué una niña de quince años
el duende de esta *conseja*,
y aunque la niña ya es vieja,
aun dice entre angustias hoy:

*Que es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere,
pues quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Tuvo la niña un amante
á quien, idólatra, un día,
— Te he de querer — le decía —
hasta después de morir.

Y si con Dios avenida,
corta mi aliento la muerte,
dejaré el cielo por verte. —
Tal dijo, sin advertir

*Que es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere,
pues quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Murió la niña, y cumpliendo
de su antiguo amor los gustos,
dejó el país de los justos,
y al mundo el vuelo tendió;

Y cuando alegre á su amante
con alas de ángel cubría,
— ¡Ves cuál dejé — le decía —
el cielo por tí? — Mas, ¡oh!

*Que es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere,
pues quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

Durmió el ángel á su lado;
y, de otra esfera anhelante,
sus alas cortó el amante
y en ellas al cielo huyó.

Y al encontrarse la niña
víctima de un falso trato,
llorando vió que el ingrato,
subiendo al cielo cantó:

*Es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere,
pues quien más con ella quiere,
menos le quieren con ella.*

XXV

ADIÓS PARA SIEMPRE

Á CAROLINA

Porque no infiel juzguéis á mi memoria,
aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
la eternamente lamentable historia
vais á escuchar de mi primer *adiós*.

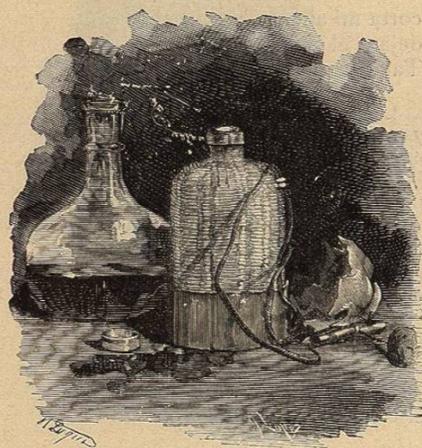
«Era una niña, como vos, afable,
lozana, y pura y celestial cual vos.»
¡Quién, al dejar á un ser tan adorable,
podrá decirle: *Para siempre adiós!*

«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
dejad que os diga: *¡Para siempre adiós!*

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
desde aquel día, como ahora á vos,
á cuantos seres con el alma quiero,
¡Adiós, les digo, para siempre adiós!

XXVI

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA



Agur, Irene; hasta cuándo,
no te lo podré decir;
por Dios que al verme llorando,
ganas me dan de reir.

¡Quién creyera,
flor de mi natal ribera,
que si lloro á los dos pasos,
me reiré á los tres escasos!

Esto me recuerda, Irene,
que algún día
leí contigo una *Higiene*
que decía
que, conforme á la experiencia
de un doctor,

*es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.*

Ya te escribiré, mi bien,
cuantas penas me atormenten,
aunque, á ojos que no ven,
corazones que no sienten.

¡Qué infinito
será tu amor... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás
que *ver y creer*, y no más.

Este refrán no te corra,
advirtiéndolo
que *el tiempo todo lo borra*,
y sabiendo
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
*es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.*

— ¡Qué yertas son las francesas! —
te diré todos los días;
— ¡qué heladas! — si son inglesas,
y si italianas, — ¡qué frías! —

Y entretanto
mil y mil serán mi encanto.
¡Ay, cubren tanta ficción,
las alas del corazón!

Hermosa Irene, ten calma;
¿por qué lloras?
no llores, prenda del alma,
pues no ignoras
que, conforme á la experiencia
de un doctor,
*es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.*

Parto por fin, ya amanece;
adiós, alma de los dos;
ruega á Dios que no tropiece
por esos mundos de Dios.

Si hoy te adoro
con la obstinación de un moro,
tal vez me ablande mañana
el fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡ay! presumo

que el amor de un *ido* ó un *muerto*,
siempre es humo;
pues, conforme á la experiencia
de un doctor,

*es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.*

XXVII

EL AMOR INMORTAL



Torna, loca, á tu alquería,
porque si bien lo contemplo,
es necio, por vida mía,
dejarme así cada día
lleno de hierbas el templo.

— He de ver su sepultura,
pese á sus iras crueles,
pues bien nos predica el cura
que nunca el Dios de la altura
cierra su casa á los fieles.

— Así te azucen traidores
alguna vez sus mastines,
por tus ofrendas de amores,
los dueños de los jardines
en donde robas las flores.

Y pues que en tal desierto
sigues con cordura poca,
quédate ahí; y ten por cierto
que gana muy poco un muerto
con la oración de una loca. —

¡Cuitada, que en su quebranto
no halla en la tierra consuelo,
lo busca en el cielo santo,
y sordo también el cielo
las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta,
entre nocturnos reflejos,
pareces ya de una muerta
la sombra que vaga incierta
llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
como á imagen de la muerte,
llamándote *el alma en pena*,
de horror la comarca llena
cierra las puertas al verte.

¡Atrás! que ya los altares
velan las sombras profanas;
y al vulgo de estos lugares,
lo llaman á sus hogares
con su oración las campanas.

¡Atrás! y no en loco tema
traigas, revuelta en la falda,
símbolo de tu fe extrema,
esa florida guirnalda
de tus amores emblema.